

LOS SANGRIENTOS Y MAQUIAVÉLICOS MÉTODOS DE ROMA

“Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido, y de salir a luz. S. Lucas 8: 17

“En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma táctica, manifestará el mismo espíritu y trabajará con el mismo fin que en todas las edades pasadas. Lo que ha sido, volverá a ser, con la circunstancia agravante de que la lucha venidera será señalada por una intensidad terrible, cual el mundo no la vio jamás. Las seducciones de Satanás serán más sutiles, sus ataques más resueltos. Si posible le fuera, engañaría a los escogidos mismos”. (S. Marcos 13:22.) CS, p. 13.

1. La rebelión de campesinos en Inglaterra en los días de John Wiclef.

Cuando en el siglo XIV Dios levantó al gran John Wiclef en Inglaterra, para ser “El Lucero de la Reforma”, según las palabras inspiradas de EGW (ver todo el capítulo 5 de “El Conflicto de los Siglos”), Roma utilizó sus métodos crueles y sangrientos para intentar detener su obra. Wiclef levantó una gran protesta contra la tiranía y la corrupción del papado, y encontró mucho apoyo en la corona inglesa y en el pueblo. Él era el más prestigioso de los profesores de la Universidad inglesa de Oxford, en aquella época el principal centro educativo del mundo entero, a la cual asistían estudiantes de toda Europa, extendiendo así su influencia por todo el continente. Roma vio el peligro de que Wiclef continuara enseñando sus doctrinas reformadas, basadas en la Biblia, desde el influyente centro de Oxford, y decidió removerlo de allí. Para eso recurrió a un método terriblemente malvado: mediante sus agentes secretos y agitadores de masas, levantó una brutal revuelta de campesinos contra todo orden establecido en Inglaterra. Por aquel tiempo, los campesinos estaban siendo duramente explotados, sometidos a extrema pobreza y privaciones. A menudo Wiclef había levantado su voz contra los abusos de la riquísima Iglesia, dueña en aquel momento de la tercera parte de las propiedades de Inglaterra, reclamando mejores condiciones para los maltratados campesinos. Y cuando la rebelión de los campesinos estalló, solapada y astutamente planeada por los agentes del Vaticano, la Iglesia estaba lista para acusar a Wiclef de ser la causa de ella. Junto con la nobleza

inglesa, acusaron al noble reformador de traer la desgracia y el derramamiento de sangre a Inglaterra, a causa de sus doctrinas, porque ellas enseñaban a los campesinos a considerarse seres humanos con los mismos derechos que todos los demás, siendo personas iguales a todas a los ojos de un Dios imparcial y bondadoso, lo cual contradecía lo establecido por Roma, que siempre organizó la sociedad en una injusta escala de clases, favoreciendo a los ricos y poderosos y condenado a los pobres y campesinos a una vida miserable. Así consiguieron desacreditar a Wiclef, y procedieron a tomar medidas contra él, sin que ahora la corona inglesa se atreva a defenderlo, como había ocurrido anteriormente.

Según un prestigioso historiador inglés, el Dr. Wils Engel, la rebelión campesina fue dirigida secretamente por los agentes católicos, y llegó hasta a asesinar al arzobispo de Canterbury, Simon Sudbury, en aquel momento el principal dirigente católico de Inglaterra, quien no se había atrevido anteriormente a tomar medidas contra Wiclef, para no enfrentar a la corona inglesa. La muerte de Sudbury también fue planeada y ejecutada secretamente por los agentes católicos, pero el culpado fue Wiclef, lógicamente. Al morir Sudbury, el Papa Urbano nombró inmediatamente a Thomas Courtenay, el más osado obispo inglés en la lucha contra Wiclef, y quien más decidido estaba a cumplir los deseos de Roma, como el nuevo arzobispo de Canterbury. Con el supremo poder eclesiástico en sus manos, Courtenay inmediatamente exigió al rector de Oxford a expulsar a Wiclef, privándolo de todos sus privilegios académicos, prohibiéndole de enseñar y hasta de consultar a las bibliotecas para continuar sus estudios, que habían dado como resultado sus poderosos escritos, que en aquel momento ya recorrían todo Europa, con grave peligro para el Vaticano.

Así Roma consiguió sus objetivos, no importándole el hecho de que miles de campesinos murieron en la rebelión, y que el dolor y la muerte conmovieron a Inglaterra. Lo único que deseaban era poder frenar la obra de Wiclef, y conseguir manipular la opinión pública en contra de él. Siempre han utilizado esos métodos, y continuarán haciéndolo así hasta el fin del tiempo.

2. La rebelión de campesinos en Alemania en los días de Martín Lutero.

Dos siglos más tarde la historia se repite en Alemania, en los días de la poderosa reforma levantada por Martín Lutero. La misma situación social, el mismo descontento entre los campesinos, la misma táctica de Roma. Y al igual que en

Inglaterra, la rebelión fue sangrientamente aplastada por los príncipes alemanes. Todas las voces que obedecían al Vaticano se levantaron entonces unánimes para culpar a Lutero por la rebelión, de la misma manera que en los días de Wiclef. Pero la sangrienta revuelta que en Alemania costó la vida de miles de pobres campesinos, había sido secretamente fomentada por Roma, con el objetivo de desacreditar a Lutero ante los ojos de toda Alemania y de toda Europa, y principalmente de colocar a los príncipes alemanes en contra de Lutero, para que no lo protegiesen más, objetivo que, gracias a Dios, no consiguieron lograr.

3. El peor de todos los levantamientos populares: la Revolución francesa.

ERIC JON PHELPS, el autor del libro “Los asesinos de Vaticano”, declara que la terrible Revolución francesa de 1789, que alteró todo el orden social de Europa y cambió para siempre el curso de la historia, también fue secretamente planeada y ejecutada por los astutísimos jesuitas, la orden religiosa más poderosa creada por el Vaticano. En ese entonces, los jesuitas habían sido expulsados del sistema católico por el mismo papa y el sector gobernante en Roma, por causa de que los jesuitas habían alcanzado un poder tan grande que perjudicaba los intereses del mismo papa y sus secuaces de Roma, así como de las otras órdenes católicas, que se unieron para expulsar a los jesuitas. Entonces los jesuitas decidieron vengarse del Papa y de la cúpula romana, y recuperar su posición anterior dentro de la iglesia católica. Y para ello levantaron en secreto al pueblo francés, lo que no les podía resultar difícil, dada la miserable condición social de éstos, peor aún que en Inglaterra y Alemania, oprimidos por la corona francesa y el clero francés, corrompidos por igual. Y la revolución francesa no se detuvo hasta que los ejércitos de Francia, dirigidos por el general Berthier, tomaron Roma y llevaron cautivo al papa en 1798, dándole al Vaticano la herida de muerte que la Palabra de Dios había profetizado en Apocalipsis 13:3. Como era de esperarse, poco tiempo después los jesuitas fueron restablecidos por el Vaticano dentro de la iglesia católica. Los jesuitas triunfaron y se salieron con la suya, sin importarles el río de sangre que generaron en Francia y en toda Europa.

EL SEÑOR DIRIGE TODO PARA TRIUNFO DE SU CAUSA

Es importante que sepamos estas cosas, pues en la batalla final que ya se aproxima, Roma utilizará las mismas tácticas crueles y sangrientas con el fin de manipular la opinión pública en contra del pueblo de Dios, a fin de destruirlo.

Pero también debemos tomar aliento del hecho de que el Señor siempre tiene la última palabra, y hará triunfar la causa de la verdad y de su pueblo de manera gloriosa.

En los días de Wiclef, cuando éste fue expulsado de Oxford, los romanistas festejaron su aparente triunfo, pero el reformador se retiró a su parroquia de Lutterworth para realizar la obra más importante de su vida: la traducción de la Biblia del latín al inglés. Por primera vez desde los días de los apóstoles la Palabra de Dios era puesta al alcance del pueblo común, en el lenguaje de ellos. Fue ésta una gran victoria de la Reforma, el golpe más fuerte dado por Wiclef contra la tiranía papal, pues el pueblo de Inglaterra tuvo acceso por sí mismo a la verdad, y como dijo el Señor, “conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (S. Juan 8: 32).

Tampoco en los días de Lutero la revuelta de los campesinos consiguió su objetivo, pues los príncipes alemanes no se dejaron engañar, y siguieron protegiendo al reformador de los ataques de Roma, hasta que en 1529 produjeron la noble protesta de Ausburgo, tal vez la mayor y más trascendente de las victorias de la reforma protestante (ver todo el capítulo 11 del “Conflicto de los siglos”, -La Protesta de los Príncipes-).

Y tampoco la tremenda revolución francesa dejó un saldo favorable a los intereses del Vaticano, pues sin saberlo, los jesuitas le dieron al Vaticano el terrible golpe de muerte que la Biblia había profetizado, reduciendo su poder enormemente en Europa y en todo el mundo, al punto tal que todas las colonias sudamericanas aprovecharon la situación del vacío de poder y se independizaron de España, mediante las maquinaciones astutas de los ingleses, que pasaron a tomar posesión económica y política de las anteriores colonias españolas y católicas. Así se abrió paso al protestantismo y a la Palabra de Dios en Sudamérica, lo que no era posible durante el dominio español, que llegó hasta a establecer la cruel Inquisición en Lima, abolida por el libertador San Martín, apoyado por Inglaterra. Recordemos que San Martín era miembro de la Logia Lautaro, con centro en Londres, desde donde salía todo el apoyo económico para las revoluciones sudamericanas. Dios “quita reyes y pone reyes” (Daniel 2:21), y está detrás de todos los movimientos misteriosos de las naciones de este mundo impío, controlándolo todo, tal como lo enseñó el Señor a Ezequiel a través de la visión celestial del capítulo uno de su inspirado libro.

Que el Señor nos ayude en esta tremenda controversia final que se aproxima, a mantener la fe en las promesas de Dios y a confiar aún en medio de las circunstancias aparentemente más desfavorables, pues aquel que no duerme jamás,

sino que vela incesantemente por su pueblo y por el avance de la verdad, dirigirá hasta los más mínimos detalles de la compleja maquinaria política de este mundo malvado a fin de que se cumplan los objetivos divinos. Conservemos la fe en todo momento, pues “el que ha de venir, vendrá, y no tardará”, pero el cristiano, “si retrocediere, no agradará a mi alma” (Hebreos 10: 37, 38).

www.lluviatardia.ar.gs